

Borís Yampolski
Ilyá Konstantínovski

Asistencia obligada

incluye

Último encuentro con
Vasili Grossman

Traducción y prólogo de
Enrique Fernández Vernet

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2013

Título original:

Ваша явка обязательна

© Éditions l'Âge d'Homme, 1990

Последняя встреча с Василием Гроссманом

© Kontinent, 1976

© de la traducción: Enrique Fernández Vernet

© del prólogo: Enrique Fernández Vernet

© **Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2013**

c/ Nàpols, 282 - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

I.S.B.N: 978-84-941646-0-6

Depósito legal: B. 2666-2013

Diseño de la cubierta: Júlia de Quadras Alamán

Foto de la cubierta: archivo personal de Yuri Fidler

Impresión y encuadernación: Grup4 Badalona

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

<i>Prólogo de Enrique Fernández Vernet</i>	9
<i>Asistencia obligada</i>	33
<i>Último encuentro con Vasili Grossman</i>	307
Índice onomástico de autores rusos y soviéticos citados	333

Asistencia obligada

Ahora que soy un hombre muerto,
puedo hacer estas confesiones desde
el otro mundo.

FEDOR DOSTOIEVSKI

I

Sabía bien que se estaba muriendo y le sobrecogía una angustia a nada comparable. A esta angustia agónica se sumaba una amargura muy particular, al haber cobrado plena conciencia de una triste verdad, que se le había revelado hacía ya tiempo y que nunca le dio sosiego, ni aun en los años más dichosos de su vida. Y ahora, cuando sentía que se acercaba el fin, que no había vuelta atrás, que llegaba la muerte, este particular tormento del alma acrecentaba su sufrimiento físico y era aún más terrible que el dolor que le desquiciaba los huesos, más horrible que las metástasis, que le devoraban nervios y sangre. Iba muriendo, y no le atormentaba la soledad, ni buscaba consuelo en los ojos llorosos de sus deudos, sino que estaba por entero dominado por un inusitado sentimiento del que ni su propia hermana, que velaba su lecho de muerte, tenía conocimiento.

... pero ¡yo sí!

En los últimos días, su hermana me había estado telefoneando con frecuencia:

—Ha pedido por usted. ¿Querrá venir?

Y me acerqué al hospital Botkin [, al pabellón de radiología donde habían conseguido ingresarlo, ya agonizante, tras insistentes demandas, cartas oficiales y llamadas telefónicas, y es que cada defunción desvirtúa esa imagen de «éxito planificado» que tanto buscan los hospitales sobre el papel. Mientras abría delicadamente la puerta de su minúscula habitación individual, se levantó

para recibirme una mujer corpulenta de edad avanzada con una blusa blanca y rostro empalidecido por el cansancio. Tenía los mismos ojos que él, como cerezas negras. Su mirada, su expresión facial, decían sin necesidad de más palabras que ya no había esperanzas].

Yacía en una cama metálica alta y de vez en cuando tiraba de la sábana, como si le oprimiera y quisiera zafarse, librarse de algo que le sofocaba. Aunque la habitación estaba en silencio y el paciente no gemía, yo comprendía con pasmosa claridad lo que ahí estaba sucediendo.

—¿Cómo te encuentras?

Abrió los ojos.

—¿Necesitas alguna cosa?

No respondía.

—¿Tal vez querías ver a alguien? ¿A quién te gustaría ver?

Finalmente, me respondió con mirada sorprendida:

—¡Pues a todos!

Me invadió la vergüenza. ¡Pues claro que quería ver a todos! No quería quedarse ahí, a solas con la muerte, sino estar con todos, ahí donde estaba la vida.

Por su forma de mirarme, intuí que seguía creyendo que yo podía ayudarle. Siempre sobrevaloró mi energía, mi constancia, mi tenacidad. Y ahora me sentaba yo en su cama, consternado y completamente desvalido, con mi tenacidad, mis inútiles pensamientos y mis sentimientos de flaqueza que aquí de nada servían.

En otra ocasión, su hermana me había telefoneado muy temprano para contarme que se había pasado la noche delirando y que en su delirio me había llamado varias veces con toda claridad.

Lo encontré desfallecido, con los ojos cerrados y la frente empapada. Sintiendo mi presencia, abrió los ojos por un instante y me imploró:

—Tú... podrías... tienes que... sacarme de aquí...

—¿Sacarte? ¿Adónde? ¿Por qué?

Comenzó a gemir y, sin volver a abrir los ojos, bisbiseó:

—Tengo miedo... se me quieren llevar... encerrarme...

—¿Llevar adónde? No entiendo lo que me dices.

Me respondió en voz baja pero clara:

—¡Al manicomio!

—Pero ¿qué dices? —exclamé estupefacto—. Llevarte a un...
¡Menudo disparate! ¿Y para qué? ¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

Abriendo muchísimo los ojos me preguntó:

—¿Y eso me lo preguntas tú?

En ese instante comprendí que le acosaban antiguos temores y pesadillas, todos los pensamientos y sobresaltos que ya le habían angustiado a lo largo de su vida. Ahora que moría, revivía ese delirio que brotaba de la realidad y se entremezclaba con ella, de manera que no podía saberse dónde acababa la realidad y dónde comenzaba la ilusión. ¿Y eso me lo preguntas tú? Y es que más de una vez habíamos concluido que, en la vida, lo más absurdo e irrazonable era moneda corriente, y a veces hasta puramente natural e inevitable.

... ¡yo lo sabía todo!

Agonizaba, y yo, rebosante de salud, me sentaba en su lecho de muerte, y me contagiaba de su angustia. La muerte de cada persona es un cataclismo, una catástrofe cósmica, la desaparición de todo un universo. Y ahora se estaba muriendo una de esas raras personas capaces de ver de otro modo y expresar lo visto con más profundidad y sagacidad que los demás. Lo verdaderamente espantoso de lo que estaba sucediendo no era que a este hombre también le había llegado la muerte, inexorable para todos, ni que ya no fuera posible salvarlo, sino que se iba sin haber contado aquello que tanto anhelaba decir y que ya nadie iba a

relatar. Moría un escritor, un poeta con el más trágico de los destinos: partir sin haber tenido tiempo de dejar en manos de nadie lo que había ido recogiendo, sin materializar sus planes más queridos, sin haber contado lo que le requemaba el alma y que constituía una percepción auténticamente poética y trágica de la vida.

El enfermo comenzó a gemir y a agitarse. Su sufrimiento físico era horrible, pero yo sabía, presentía, que aún sufría más su alma. Ya en mi primera visita había podido escuchar cómo se preguntaba a sí mismo, con voz frágil pero clara: «¿Para qué he vivido? Mi vida ha transcurrido en vano».

... y a los dos días falleció.

Último encuentro con Vasili Grossman

Por algún motivo, últimamente cada vez pienso más en él.

[[¿Es acaso el presentimiento de un destino compartido, o que su recuerdo ha madurado en mi alma, o simplemente que ya no puedo esperar, que no hay tiempo que perder, que van pasando los años?]]

Un presagio del destino lo ha acercado a mí, y yo lo observo con detenimiento, para comprenderlo, para verlo reflejado en mí y reflejarme yo en él.

Lo estoy viendo tal como cuando nos conocimos, en enero de 1942, un día gris de invierno en el aeródromo de campaña del Sexto Ejército del Aire en Isium-Barvenkovo. Yo acababa de aterrizar en un U-2* procedente [de Lozovenki], del cuartel general del Sexto Ejército, que se disponía a lanzar una operación en Járkov, y él se acercó hasta mi avión, cuando regresaba al cuartel general del frente sudoeste, a la sazón acuartelado en Voronezh. Con su sencillo capote, su gorro de soldado con orejeras en piel de cordero y su ligero petate, parecía un soldado viejo y cansado; sólo sus delgados lentes de maestro deshacían esa impresión. Nos detuvimos en un sendero nevado y conversamos un poco; él con tono pausado y sosegado, con esa ironía característica del anciano que todo comprende y perdona, y yo con excitación, entusiasmo, impaciencia e irritación.

Y siempre que después he pensado en él, por alguna razón lo he recordado precisamente así, como un soldado viejo y can-

* Biplano biplaza Polikarpov Po-2. (Salvo indicación contraria, todas las notas son del traductor.)

sado que cumplía sosegadamente su cometido de soldado y observaba juiciosamente la guerra. Justo en esa ocasión me había confesado:

—Yo sólo escribo cosas que he presenciado, pero podría imaginar lo que fuera.

Era su voz opaca, potente y profunda, y sus palabras siempre consistentes, verdaderas, como sal gruesa acabada de extraer de las salinas, recién arrancada de las entrañas de la tierra. Cada palabra pronunciada por él estaba labrada y ponderada, y encajaba en la frase, en la conversación, como un sillar desbastado o un ladrillo en una obra, una palabra tras otra, formando una hilera sólida e invulnerable, palabras incommovibles, que nunca se prestarían a acomodamientos y de las que él jamás se retractaría.

Había en él calma, ausencia de vanidad, lentitud, y hasta una suerte de somnolencia en sus movimientos y su conversación, y en todo ello se ocultaba una fuerza explosiva no malgastada inútilmente, dosificada, un tesón y una perseverancia febriles, capaces de superarlo todo.

Nos vimos a menudo en aquellos años en que estaba volcado en su principal creación, su obra magna, y se me antojaba más bien como un cantero, sus manos de obrero, grandes y fuertes, parecían manejar martillo y cincel, no un frágil cálamo entintado. Se hubiera dicho que en esos momentos estaba erigiendo una grandiosa catedral. Esa obra inédita era, en efecto, un templo, majestuoso, moderno, sobrio y luminoso, la santa catedral de nuestra época. Por primera y única vez hasta ese momento, pasados ya quince años desde la guerra, se iba a contar toda la verdad sobre aquella contienda pasada y terrible.

Hay una fecha anotada en mi diario: 15 de noviembre de 1963.

Esa tarde me parece ahora tan triste, solitaria y terrible en su cotidianidad como seguramente fue.